

FLORINDA

por

ROSENDO CHEVREMONT

"Ven tem...pra...no, lin...da, y que Dios te bendiga." Tal era la despedida consuetudinaria que balbuceaba la abuela, ya casi senil, tres veces por semana y a la hora del ocaso, al partir la garbosa Florinda hacia la Capital. Y musitaba para su colete: "¡Qué orgulloso trajinaría el difunto si la viera!"

El "difunto" era el padre de Florinda, un rudo campesino que había empezado a repechar tan luego dió la talla de vara y media y quien finalmente llegó a ser dueño y señor de un predio de tierruca de dos cuerdas y media y de una casucha de dos aguas en el ombligo del predio. Pero un año antes de "voltrear para la otra crilla", quedó baldado y "para que el alma no se despegase del cuerpo", según lo expresaba él, se vió obligado a vender la finquita. Desde entonces se había recogido con la vieja y la cría en la casucha, sumiéndose paulatinamente en la hebetud anodina del vino de tomate fortificado con ^{"pitrinche"} ~~"petrinche"~~, su libación favorita. Al cabo de unos meses cayó con un pama seguido de fiebre palúdica y rehusando tozudamente que lo transportaren al hospital municipal, rindió su ánima.

Pero hallándose aún en trance agónico, había llamado aparte a Florinda (quien contaba a la sazón 17 años, había rozado la escofina del cuarto grado de una escolilla rural, y era tan vivaz como puede serlo una rapaza criada a pura vianda de panapén, malanga, yautía y lerenes) y asiéndole la testa con increíble vigor le incrustó en la conciencia azorada la exhortación siguiente

"Jija mía, ha sonado para tí la hora de la podazón y quiero que recuerdes indeleblemente lo que te voy a decir: la vida vale más que la honra y es mejor que te juegues la honra pa rescatar la vida". Y dicho esto, expiró, como si aquel postrer edicto fuese un vaticinio que le agarrotara el corazón.

Como cruel rejonazo se hundió en la subconciencia de la adolescente el descarnado y ominoso dilema. Había al fin recaído sobre sus endebles hombros el peso de conservar el hogar y proveer las necesidades parenterías de la abuela y del hermanito de nueve años, pues el "difunto" no dejó pecunia. La abuela, irreflexiva, quería vender la casita para sufragar el entierro y el velorio. Pero Florinda se irguió como leona impetuosa y amenazó rotundamente con irse sola para no retornar nunca, si la abuela insistiese en vender el modesto patrimonio que era, según afirmaba la mozueta, "lo único que nos afianza al mundo".

A partir de ese instante, Florinda asumió la jefatura doméstica y las riendas de aquellos tres destinos, contando el de ella. La casita fué hipotecada para sortear la crisis. Y poco después Florinda levantó la hipoteca y pudo costear por un mes más los humildes dispendios de la trilogía doméstica. El chico no tuvo que dejar la escuela y la abuela no sufrió el flagelo de la pignoración, el embargo y el desamparo. Aunque Florinda no se cansaba de repetir que el Banco de Fomento los había sacado de aprietos otorgándoles un préstamo pagadero en cómodos e indefinidos plazos, la malicia de un coletado se atrevió a insinuar la verdad: que Florinda, obedeciendo literalmente el precepto del difunto, había puesto su honra a pública subasta y que don Pascualito, un crapuloso hacendado de los contornos, se la había mercado a título de mejor postor. Y el muy pitoflero aderezaba la versión agregando que luego de saborear las primicias, don Pascualito quiso seguir mercándole la honra a Florinda, pero a más baja licitación, y que ella le echó en cara su harstería

increpándolo de esta guisa: "Barajo, don Pascualito, usted no ha salido más sorruno que el lince y más capripedo que Belcebú y no contento con la mejor dentellá, quiere también devorar todita la hogasa." Y sin dejarle abrir la boca, lo despachó a cajas destempladas amenazándolo con ir a la Capital a querrellarse al "fiscal principal" si divulgaba él la deshonra de ella.

Saldados los compromisos contraídos en la resaca que dejó el "difunto", Flerinda se fué un día a la Capital y observándolo todo y tertuliano con una guapa moza del barrio que hacía tiempo se había ubicado en la gran urbe, sus cinco telúricos sentidos absorbieron en un santiamén la vida y milagros de aquel ubérrimo mercado ciudadano en que era cosa corriente permutar caricias y goces por un puñado de dólares.

Mientras regresaba en la guagua a su parcelita en la periferia de El Fortón su astucia atávica iba proyectando un infalible derrotero e iba trazando curvas volitivas dentro de la circunferencia de los valores adventicios y tangibles. De aceptar algún empleillo honrado en la ciudad tendría que desarraigarse de su lar, del barbecho y del barrio en que estaba enclavada su pequeña vivienda, y de sus dos seres queridos. E interpelló a su fuero interno: ¿tendría ella que enajenar su alma -su alma mortua, nóada, cordera- por una pitansa? -Nunca, nunca, nunca, replicó enfáticamente a su propia interpelación... Porque era ella como la marsopa que penetra a los ríos caudalosos en busca de salmones y lampreas, pero siempre se retrotrae al dilatado mar; o como el pez luna que nada fosforescente en las noches mediterráneas y reposa en el lecho abisal cuando caldea el sol...

"Buelita, salimos por fin de apuros. Me colocaron en San Juan de camarera por treinta pesos semanales. Lo único que no te va a gustar es que trabaje en el turno de noche...pero, gracias a Dios, que serán sólo tres noches

a la semana, de ocho a cinco". Con esa escueta y fraudulenta notificación justificó la chica ante la abuela sus proyectadas -y calculadas de antemano hasta en sus pormenores- expediciones nocturnas a la Capital. La candorosa viejecita creyó a pies juntillas la especie, y viendo regularmente que "la colocación" de la nieta trocó las espinas en nardos, los andrajos en buena, si bien modesta, vestimenta y la atroz penuria en abundante y variado sustento, y arando a todo esto la irrefragable evidencia de un vistoso y sonoro radio de último modelo que la nieta le había regalado, no cabía en sí de contento. Y, sobre todo, Juanito, el nietecillo, ^{que antes era un rebrojo enclenque,} engordaba, estudiaba ahora con más holgura y ahinco y sacaba notas sobresalientes en la escuela. Estaba tan obcecada con la virtud de su nieta que cuando ^a cierta vez alguien se excedió, insinuando que la nena era "una trotona con más candulitas que vergüenza" la anciana se salió de sus casillas y juró no volver a ofrecerle "al bigardo que así calumniaba a su nieta" ni un traguito de café. Y a los tenorios leoninos y dondiegos que asediaban a la hermosa Florinda, los repudiaba abruptamente advirtiéndoles: "Mi nena no tiene más amor que su trabajo y su familia y no entretiene volidades ni tiene interés en amartelarse."

• • • •

Florinda siguió yendo religiosamente a San Juan todos los lunes, miércoles y viernes, partiendo a las 6:30 de la tarde y regresando los martes, jueves y sábados a las 7:30 de la mañana. (En dos o tres ocasiones en que retornó media o una hora más tarde, "explicó" que la camarera que la relevaba matinalmente había llegado tarde). Se había prescrito ella misma tal calendario temado para eximirse de tener que exprimir la vendimia de sus encantos en el "trapiche" de los fines de semana, para evitar hacerse muy conspicua a los esbirros de orden público, especialmente los de "la ronda", y para eludir o reducir al mínimo, el trato con la cohorte saqueadora de manflas, coimas,

lamias, ninfómanas y rufianes. Le bastaron apenas dos semanas para asimilar consumadamente los secretos, reglas y conjugaciones de la gramática parda del amor venal. Evitaba, por ejemplo, saludar y mucho menos hablar al convecino o paisano de su barrio que en raro azar intersectara en su itinerario galante. Y durante el trayecto en guagua desde San Juan, jamás despegaba los labios, rechazando toda conversación o trato con los demás pasajeros. Su cuerpo esbelto y sinuoso recordaba el de una canéfora, no el de una ramera. Y nunca abrió hasta las heces la embrosía enervante de la voluptuosidad.

No obstante, la Florinda que retornaba a la amanecida, no era la misma que salía al anochecer. Una versión desdecía la otra, o era como dos ediciones divergentes de una misma obra: una la edición diurna o solar y la otra la nocturna o lunar. En el regazo del agro o del batey, la personalidad de la hembra de presa y de tentación quedaba desplazada por la de la novuela del cántaro del célebre cronista de Alan Tadmán. (En su ^{ámbito} rural sólo la perspicacia de un Freud o de un Kinsey lograría adivinar el sombrío subtexto del "alter ego" de Florinda).

* * * *

Solamente Salvador, el chófer de la guagua que conducía a Florinda a San Juan, logró adivinar y corroborar la total verdad de aquella vida dual y ambivalente. Transcurrido había apenas semana y media desde que la muchacha inició sus salidas a la Capital, cuando ya Salvador había descifrado el enigma de la núbil esfinge que abordaba su vehículo trisemanalmente, al despuntar y al declinar el sol. Experto buceador de la vida noctámbula, por afinidad subconciente y por la misma naturaleza de su empleo de porteador público, había desarrollado una aguda percepción nictálope. Aunque Florinda apenas intercambiaba con él una que otra llana cortesía y para no tener que franquearse con él se afinaba deliberadamente en algún asiento posterior, sus ojos de lince intuyeron pronto, sin necesidad de ponerse en acecho, los presenciosos fugios

de la retrochera rapasa. Y así fué gradualmente testigo involuntario de cómo se iban enhebrando en la urdimbre del día y de la noche, como en un telar de Penélope, el clarooscuro de dos siluetas o versiones de Florinda; la griseta que pernóctaba en la opulenta urbe y el tierno recental que pecía y se contentaba dócilmente al calor interno del aprisco hogareño.

Pasaron varios meses y ni Florinda daba indicios conscientes de la índole real de sus faenas noctivagas, ni Salvador -varón sano y generoso- le daba a entender a su desdoblada pasajera que él no ignoraba los inconfesables motivos de sus viajes. A través del espejo retrovisor del vehículo se cruzaban las miradas -unas veces sonrientes y otras perplejas- y los pensamientos de ambos. Apenas sin articular palabras se convirtieron en amigos íntimos y cordiales, mas sin llegar al trauma de la revelación del secreto vitando. Poco a poco y a retazos le fué relatando ella su vida verídica hasta el mismo umbral del día en que visitó la metrópoli y adoptó un "modus vivendi" que le exigía pernear y canjear oclosiones lúbricas. Pero a partir de ese prelude reincidía en la fábula y pretexto de su empleo de camarera. Y a manera de cortina de lujo, para desviar la atención de Salvador del asunto candente, intercalaba a través de su relato exclamaciones patéticas como la siguiente: "¡Qué dura es la brega por la misera vida! ¡El caprino demorio fué quien inventó el cochino dinero!"

Por su parte, Salvador reciprocó, evocando para ella a grandes rasgos la jornada de su sencilla y limpia existencia, recta como un huso, exenta de liziandades, teconera y honrada. Era cólabe y solo, pues su único vínculo familiar había sido una tía que lo crió y quien hacía un año había entregado su espíritu al Sumo Hacedor.

Advino diciembre y el primer lunes del mes bajó Florinda a esperar la guagua que manejaba Salvador. Desde el día anterior llovía a cántaros. Arrebió la lluvia y como estaba al raso, los ramalazos de agua empapaban a Florinda que se arrebujaba en balde bajo su impermeable de nilón. Desde el borde de la carretera se oía una grabación radial de la guaracha "Ahora Seremos Felices". Se mezclaban con el tintineo de la lluvia las palabras de la canción: "Que Dios nos dé mu...cha vi...da, ne...gra, y mucha fe...licidad". Acaso procurando reanimarse, comenzó Florinda a tararear el bullanguero estribillo, pero de pronto, impensadamente, y sin saber por qué, sin poderlo remediar, se le subió un nudo de angustia a la garganta. Recordó de repente que aquel mismo estribillo había hendido el aire a esa misma hora la primera noche que ella había salido hacia San Juan, hacía apenas un año. E inesperadamente, gruesos lagrimones anegaron su bello rostro. Acaso provocó el aluvión recién-dito la concurrencia sentimental de la nostálgica melodía aunada a la melancolía de la prima noche, a la lluvia monorrítmica y acaso al hastío del rumbo fatal que ella había imprimido a su destino. Pero, en verdad, no podía definir la causa de su angustia y de sentirse invadida, por vez primera en su vida, de una extraña sensación de vacío, de soledad, de orfandad desoladora. Y por primera vez se sintió inerte y sin abrigo ante la inmensidad de la existencia. Como azotada por cruel aquilón, su alma quedó desvestida, en plena desnudez, tiritando de bochorno. Se preguntó equívocamente si había perdido la fe en la vida o la fe en sí misma. Nunca antes había pensado sobre el propósito o sentido de las cosas porque nunca antes había creído necesario pensar. Pero ahora, en este mismo instante, le taladraba las entrañas del alma un pensamiento dilacerante: ¿Para qué se vive?

Hallábase todavía, ensimismada, en pleno trauma catártico -que si por un lado le abría las puertas de un mundo eidético y sobrenatural, por otro lado

la arrojaba en cuerpo y alma a un abismo inscribible- cuando oyó la cálida exhortación de Salvador: "¡Juana Boba, pica espuelas y brinca al estribo, que voy liviano!" Y le extendió su diestra nervada que ella asió ávidamente, tal que si fuese la mano un salvavida y ella se estuviese ahogando. (A causa del tiempo borrascoso la guagua había salido vacía del pueblo, siendo Florinda la primera y única pasajera.)

Apenas había avanzado medio kilómetro, Salvador advirtió que las terrenales lluvias habían provocado un colosal derrumbe que sepultaba la carretera a todo lo ancho.

"¡Bueno, noosa, no podemos seguir!" exclamó. Y apagó el motor. Aguijonado por una intuición, resolvió abordar allí mismo -sin rodeos y con toda la nobleza de su alma- a Florinda. No podía seguir reprimiendo la creciente inquietud que conturbaba su ánimo cada vez que la veía o que pensaba en ella.

Pero Florinda, percatándose ágilmente de la desesperada impaciencia del marcebo, le arrebató la iniciativa, y clavándole una mirada suave y comprensiva, imreguada en lágrimas, antes de que él pudiera romper fuego le dijo serenamente: "Salvador, deberíamos volver a casa y pasar la velada escuchando el radio, ya que ni tú ni yo tenemos que trabajar esta noche. ¿Sabes que pensaba comprar un aparato de televisión? Pero esta noche, mientras te esperaba, me dí a pensar que era poca cosa la televisión. ¡Qué más televisión que el sol, la luna y las estrellas, los rostros de mamá-abuela y Juanito y el tuyo y el mío y los de tantos otros a quienes miramos y no vemos; a quienes palpamos, besamos y olemos pero que nunca conocemos en puridad de verdad, en el hondo cielo del alma! Pensaba que tenemos nombres apartes, que comemos y dormimos juntos, que conversamos y hasta reímos y lloramos y morimos ^{y nos entienan} juntos, pero no nos comprendemos... Se levantan soberbias barreras entre ser y ser, entre

hombre y hombre, entre mujer y mujer, y entre la mujer y el hombre. En cuanto a lo que tiene que ver con esta miadita de vida atolondrada que soy yo, le caído en triste cuenta de que he sido y soy tan neciente como el que más. Seguí al pie de la letra el cobarde consejo de mi padre moribundo. He vendido la honra de mi cuerpo muchas veces, y aunque has tenido la delicadeza de aparentar que no lo sabes y de no decirlo, bien sé que tú lo sabes. Y he aquí la prueba de mi degradación: esta libreta de Banco; fíjate, asciende a \$537. ¡Cómo ganando honradamente treinta pesos semanales como sedicente camarena y manteniendo a la familita, iba a poder ahorrar tantos 'chavos' en tan poco tiempo! Pero hoy, y acaso no sea demasiado tarde, recordé algo que por no haberlo entendido bien, lo había echado en olvido. Poco antes de fallecer mi mamá -tendría yo entonces 9 años- me llamó a mí solita, su única hija, y sollozando me aleccionó así: 'Flori' -así me llamaba ella- 'Aunque yo me vaya, recuerda que no debes jamás traicionar esta verdad: la verdad de que la voz de la carne no es la voz del alma.' La tierra me trague si miento, pero si me avergüenzo de haber vendido el guisape de mi honra, no sufro la otra vergüenza que sería la peor, la de haber perdido lo que nunca perdí ni empecé: el honor del alma. Bifurqué mi vida como se bifurcan las ahnas de estos montes si descendía una ladera sombría sólo era para poder ascender afanosamente, penosamente, la otra ladera luminosa. Mi cuerpo reía mientras mi alma gemía. Semana tras semana arrojaba tres noches de lujuria sobre un platillo de la balanza y cuatro días de entrañable cariño para mis seres queridos, y de dedicación material y espiritual a mi casita, sobre el otro platillo. Creo fervientemente que ante el Justo Dios el *segundo* platillo vale más que el primero y me redime... Pero ahora, si no te parece demasiado tarde, pido que tú me ayudes a fundir las dos Florindas, la ausente y la presente, en una sola persona indivisa, digna de merecer tu perdón, tu respeto, y si tú quieres, digna

también de tu devoción y de tu afecto..."

Calló Florinda y sobre el nardo de su rostro relampagueó una indecible claridad. Salvador la miró lentamente, se levantó de su asiento, y arrojándose junto a su lado, declaró con júbilo dulce y amoroso: "Vidita, he quedado convencido de que has aprendido a manejar tu destino tan bien como yo manejo mi guagua. Pero te voy a dar las mejores noticias de tu vida, o mejor dicho de nuestra vida. De ahora en adelante no tendrás motivo alguno para continuar soñando y fingiendo que eres camarera porque el cuento de la camarera se acabó. La verdadera Florinda va a ser camarera de verdad, camarera de cuerpo entero, porque ayer domingo le hablé a don Javier, el patruncito que ha poco metió veinticinco mil duros en un hotel de lujo que van a inaugurar el Día de Navidad. A petición mía, don Javier te reservó una plaza de camarera, de camarera de día, a la limpia luz del sol, no de noche. Te pusieron ya en la nómina y el sueldo es muy bueno; y tienes, además, regalías y sobresueldo. Mi camarerita va a entrar en escena ahoritita mismo y seguirá y viniendo en mi guagua, no como pasajera sino como socia vitalicia..."

• • •

Y Salvador prendió el motor... después de haber arribos cerrado el tácito convenio con el lacre ardiente de un beso. Había cesado el diluvio y a los balcones del cielo se asomaban las pañibundas estrellas.